



1 9 2 8 - 2 0 2 8

Homilía – Miércoles XXIII Semana del Tiempo Ordinario

Misa a la chilena – Capilla Casa Central PUCV

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy celebramos la Eucaristía en un ambiente de fiesta, enmarcados por las Fiestas Patrias. Lo hacemos con signos y cantos de nuestra tierra chilena, recordando que la fe se encarna en la cultura, en nuestra historia y en los desafíos concretos de nuestro país. Y lo hacemos escuchando un evangelio que ilumina la vida nacional: las Bienaventuranzas según san Lucas.

Jesús proclama dichosos a los pobres, a los que lloran, a los perseguidos, y nos invita a mirar la vida desde los márgenes y no desde el poder. Son palabras que deben encarnarse en las realidades de nuestro Chile de hoy y que están lejos de cualquier abstracción de la realidad. Desde allí podemos reconocer tres llamados para vivir cristianamente en el camino que como pueblo estamos recorriendo.

1. Discernir con responsabilidad en las elecciones

Jesús dice: “¡Felices ustedes, los pobres, porque el Reino de Dios les pertenece!”. La primera bienaventuranza nos enseña que el criterio de las decisiones cristianas no es el interés personal ni la comodidad, sino la mirada puesta en los más vulnerables.

Cuando como cristianos ciudadanos participamos en las elecciones, lo hacemos como un acto de fe y no sólo como un derecho cívico. El votar debe ser pensando no solo en uno mismo, sino en cómo nuestras decisiones contribuyen a que los pobres, los postergados, los olvidados, puedan experimentar el Reino de Dios en la justicia, en la dignidad y en oportunidades reales de vida.

Ejercer el voto a la luz de las Bienaventuranzas significa preguntarnos: ¿qué opciones abren caminos de fraternidad?, ¿qué proyectos buscan la paz social?, ¿qué candidatos y políticas defienden al débil y no al poderoso? Allí está la responsabilidad cristiana en medio de nuestra patria.

2. Cuidar la casa común

Jesús proclama: “¡Felices ustedes, los que lloran, porque reirán!”. También nuestra tierra llora: llora por la sequía que golpea a tantas familias, por los incendios forestales que destruyen ecosistemas, por la contaminación que hiere barrios y cerros populares, por los desiertos verdes de monocultivos que agotan el suelo, porque degrada la calidad de vida humana.

La creación gime y nosotros estamos llamados a escuchar ese clamor. Cuando cuidamos la casa común, cuando reciclamos, cuando defendemos un río o una playa de la contaminación, cuando

promovemos energías limpias, no estamos sólo “cuidando recursos”; estamos participando en el consuelo de Dios que promete transformar el llanto en alegría.

El cuidado de la tierra es, entonces, un modo de vivir la bienaventuranza del que llora: lloramos junto con la creación herida, pero también trabajamos por la esperanza de un país más justo con su entorno natural. El texto que nos regaló el Papa Francisco, ‘Laudato Si’ nos recuerda que “todo está conectado”: lo que le hacemos a la tierra se lo hacemos a los pobres, y lo que hacemos con amor a la tierra se convierte en semilla de esperanza para los que vendrán.

3. Defender la vida en todas sus formas

Jesús añade: “¡Felices ustedes, cuando los hombres los odien, los excluyan, los insulten y proscriban en nombre de ustedes, considerándolos infames por causa del Hijo del Hombre!”. Defender la vida en todas sus formas también puede significar incompreensión, resistencia o incluso burla.

Pero como discípulos de Cristo afirmamos que cada vida es sagrada, desde el vientre materno hasta la ancianidad. Defender la vida es levantar la voz contra la violencia en las calles, contra la injusticia laboral, contra la marginación de los migrantes, contra el abandono de los enfermos. Es también acompañar a quienes se sienten solos, tendiendo la mano a los que el mundo descarta.

El Evangelio de las Bienaventuranzas nos pide mirar más allá de lo útil y lo rentable. Allí donde una vida es despreciada, nosotros estamos llamados a verla como preciosa. Allí donde se promueve la cultura del descarte, el cristiano responde con la cultura del cuidado.

De este modo, queridos hermanos, las Bienaventuranzas son el camino cristiano para vivir estas fiestas patrias, palabras que no quedan como una poesía del pasado, sino que se vuelven camino para vivir hoy la fe en Chile. En nuestras elecciones, en la relación con nuestra tierra, en la defensa de toda vida, podemos reconocer la presencia del Reino de Dios que germina. Celebrar la patria en clave de Evangelio significa dejarnos desafiar por estas palabras de Jesús, que son buena noticia para los pobres y esperanza para nuestro país.

Fray Cristian Eichin Molina OFM
Vice Gran Canciller
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso